

Rellena de opulencia tóxica en el sótano del hipotálamo.
Y coreamos:
Vengan las vikingas de Santiago.
Las embajadoras de Sabinas.
Las sabinas de Cerralvo.
Las amazonas de Lampazos.
Las lampareadas hembras del Casino del Prado.
Nalgas peludas de Linares.
Gloria al dulce de masculina leche hualahuisa.
Piedra y artemisa desde Mamulique irredento.
Me canso, te dejo.
Te bailo y no pagas.
Chichifa del mal placer.
Loto en el océano de La Boca.
Nubes sobre Chipinque.
Pero no te confundas, son los millonetas que están rosti-
zando mamíferos cazados con balas de plata en la Mongolia.
Honra a los próceres protoplásmicos que dieron cobijo a
los taqueros desvelados.
A la lideresa en patas de gallo.
Al grifo y a la sed.
A las mariposas y a las chimeneas de Babel.
Al fresno y al fantasma del Obispado.
A las chinas y a las albercas.
A los domingos en la Alameda y al hormigón cacarizo.
¿Por qué he de negar este horror que me atosiga y roe?
Por qué he de negarte el abrazo que te emperifollas de
mantelería y aristocracia ejidal.
Por qué he de renunciar a las palabras mágicas que le tra-
ban las zancas al Demonio.
Por qué he de odiarte, pinche baratija del San Luisito.
No se puede aborrecer tan impunemente a una feliz quimera.

El huracán Gilberto en Santa Catarina

Julio César Méndez

*Mi hijo vivía en la parte de arriba del
barranco, y yo, más abajito. Tenía un
triciclo en el que vendía elotes. Casa y
triciclo se llevó el río. Ahora, pos ando
juntando papeles viejos, botes, fierros o
alambres, lo que haya.*

Nicolás Zapata.

*Se los llevó San Pinche. Bueno, nomás a
los que se fueron a vivir abajo, en el río.*

José W. Cruz Hernández.

I. Culebra de agua

De nada sirvió que decenas de santacatarinenses de ori-
gen campesino, algunos procedentes de estados del
centro o sur del país; en el patio o en la huerta de su ca-
sa, con la mano de su hijo o nieto de pocos años de edad, hi-
cieran una cruz indicando al cielo y se pusieran a rezar. Ni que
otros con un machete o cuchillo cruzaran el aire para «cortar
la lluvia»; o con sal hicieran una cruz en el suelo. Todo fue en

vano, el agua siguió cayendo sin oír el fervor de las oraciones que entre otras, la siguiente fue una de ellas:

*Bartolomé se levantó
pies y manos se lavó
con Jesucristo encontró
vuélvete Bartolomé
la casa de afuera es mentada
no caerá piedra ni rayo
ni morirá mujer de parto
ni niño de espanto...*

Sin lugar a dudas fueron culebras

«A esas tempestades les llamamos culebras porque son dos nubes de agua que vienen así, mire, chocan y allí mero se forman las culebras. Es como un brazo que se está retorciendo. Baja la cola y escarba la tierra. Allá por el Pajonal, en la sierra de Santa Catarina, cayeron muchas culebras. En una labor cayó una. Alcanzó a llevarse un manzano. Dejó un pozo de unos dos metros en redondo, pero un pozo sótano. Aventó como soplete parriba. Otro cayó en tepetate, de pura almendría laja. Dónde va a creer que sacó las almendrías como si le hubieran puesto pólvora. Es una cosa en demasiado la fuerza que tiene el agua. De media falda de la sierra pabajo se ven los rajes.

En el 38 cayeron también varias culebras grandes. Arrancó los encinos contoy raíces y se los llevó pa un arroyo».

Roberto Martínez

Mano santa

«Es que fue una culebra, mire, es mucho viento, agua y electricidad. Viene dando vueltas como remolino, sorbe el agua de

las presas o ríos y la suelta acá en la sierra. Pero es una cosa que válgame Dios.

Allá en Jalisco, de donde yo soy, acabamos muy fácil con las culebras. No, olvídense del machete, con la mano de un niño. De un grande no, debe ser un inocente. Se hace la cruz y se le rezan siete credos. Nomás terminando de rezar el séptimo se acaba la tormenta.

Lo malo es que luego se retira mucho el agua. Después ni molonquitos de maíz pizca uno. Por eso dejamos de espantarlas.

Yo desbaraté tres culebras. La primera vez, una tía, que fue la que vio el fenómeno ése, me agarró de la mano y nos pusimos a rezar, las otras dos veces yo solito. Pero cuando era niño».

Epifanio Guzmán

II. El Huracán Gilberto

Ocho días se tardó en llegar

Lo que sería el Huracán Gilberto fue clasificado el ocho de septiembre de 1988 como depresión tropical y en dos días pasó a la categoría de tormenta tropical al exceder sus vientos de 63 kilómetros por hora (KPH). Pocas horas más tarde sus vientos sobrepasaron los 119 KPH, el mínimo requerido para ser considerado huracán. Seis días después, el 17 de septiembre de 1988 murió en la sierra entre Nuevo León y Coahuila.

En su corta existencia causó innumerables destrozos. Primero azotó Jamaica y las Islas Caimán. Avanzó de nuevo por el mar y ya con vientos arriba de 250 KPH convertido en super-huracán llegó a la República Mexicana en donde en Yucatán, entre otros daños, levantó un malecón completo. Con vientos de alrededor de 200 KPH enfiló hacia Tamaulipas. Por ahí pasó con rumbo a Nuevo León y Coahuila.

La noche del 16 de septiembre y en la madrugada del 17, descargó miles de toneladas de agua en la sierra situada entre Saltillo, Matehuala, Galeana, Linares y Monterrey.

La única salida

Antes de su muerte definitiva, en esa región llovió a cántaros durante unas treinta horas. Desde Laguna de Sánchez hasta cerca de Saltillo, en la sierra, se comenzaron a formar arroyos y luego ríos que encaminaron sus pasos hacia Monterrey.

La medianoche del 16 de septiembre esos ríos y arroyos unieron sus fuerzas. Un torrente de más de cinco mil toneladas (según estimaron los expertos) avanzando a treinta KPH buscando con desesperación su destino: El mar. Esto sería lo mínimo pues el 17 de septiembre de 1988 el gobernador Jorge Treviño estimó que fueron doce mil toneladas de agua avanzando a la velocidad señalada.

Durante muchas horas ese ejército irrumpió por la única y estrecha salida de esa sierra: el Cañón de La Huasteca en Santa Catarina.

Fue muy destructivo

«El Huracán Gilberto ha significado para Nuevo León, una de las más grandes tragedias que haya sufrido el presente siglo... Casi cinco mil setecientas familias perdieron sus viviendas... 10 kilómetros de líneas eléctricas... 35 kilómetros de acueductos... En carreteras y caminos, la red estatal se vio interrumpida en 89 puntos por derrumbes... 12 puentes y 364 vados quedaron completamente destruidos y 13 puentes más sufrieron cuantiosos daños; la red férrea fue interrumpida en 94 puntos...»

Jorge Treviño Martínez
4o. Inf. de Gob. 15 de marzo de 1989.

En Santa Catarina transformó su fisonomía y aún perduran sus efectos pues, por ejemplo, el pequeño poblado de San Cristóbal en plena sierra de este municipio, aún permanecen prácticamente aislado, y las colonias de damnificados que se crearon siguen significando una serie de problemas por resolver.

Además, es muy probable que, al hacer evidente la negligencia de las autoridades municipales priístas que había entonces, influyera en las elecciones municipales que hubo a mes y medio del huracán, en las cuales por primera vez se le tuvo que reconocer el triunfo al PAN.

Para ilustrar lo anterior y dar idea de los daños materiales que causó, veamos una nota periodística:

«... el municipio de Santa Catarina, prácticamente aislado, no recibe atención ni de las autoridades ni del Gobierno Estatal. Sus habitantes no tienen transporte, agua, luz, gas y el alimento, según denunciaron, ha empezado a escasear... Gente sin habitación, sin ropa, sin agua, sin comer... la queja constante es que las autoridades municipales de Santa Catarina no han acudido a prestar auxilio a la gente que se quedó a la intemperie... el alcalde no hace nada».

El Porvenir, 20 de septiembre de 1988

III. Noche del 16 de septiembre de 1988

A las ocho ya estaba peligroso

«Como a las ocho de la noche el río ya estaba un poco peligroso. Para las diez y media el agua golpeaba fuerte contra el puente de San Isidro. Fui y desperté al presidente de la Junta de Mejoras, don Evaristo González. Anduvimos toque y toque casas de las que estaban en el río, despertando gentes para que se salieran. Al rato el puente ya casi no se veía. Nomás oímos

el ruidazo cuando el agua tumbó la mitad del puente. También se llevó todas las casas que estaban en el plan del río y en la parte de abajo del barranco. Cuando topaba la corriente con una casa, se oía el tronido y se iba la casa».

Fernando García, vecino de San Isidro, Santa Catarina (S.C.)

Los pescaron como al tigre de Santa Julia

Eloy H. Sandoval cumpliendo con su labor como fotógrafo y reportero, relató lo que pasó alrededor de la una y media de la mañana en el río Santa Catarina:

«Veías la corriente y derecho que iba de todo, desde roperos maromeando, hasta árboles, postes, tablas, gente, marraños, caballos, vacas y un montón de madres que nomás maromeaban... veía también cómo tronaban los cables de energía eléctrica y me preguntaba por qué chingados no cortaban la energía, los servicios y por qué no estaba el ejército en las calles... Derecho que aquí lo que faltó fue organización y güevos como te digo. ¿Cómo es posible que haya sucedido? ¿Sabes qué? La única manera que me explico todo esto, es que el huracán pescó a todos cagando; nadie, nadie se lo esperaba...»

Aquí Vamos. Suplemento cultural
de *El Porvenir*, 2 de octubre de 1988

El agua nos manteaba

«Sí, avisaron por la tele y el radio que venía el Gilberto, que nos saliéramos los que vivíamos en la orilla del río. Pero como hacía unos años también nos dijeron que se podía inundar y apenas se llevó unas cuantas tablas y botes, así creíamos que iba a ser. De haber sabido hubiéramos sacado todo.

Mire, como quien dice, nosotros estábamos aquí y un vecino acá. Entonces se oyó el ruido de su casa al caer y el golpe del agua nos llegó rápido, hasta arriba de la cama. Esa tele portátil estaba a la mano y por eso la alcancé a sacar, una cobija y como quien dice nos salimos con el puro cuero que traemos pegado. Nos fuimos con mi nuera que vivía como unos seis escalones más arriba en el barranco ahí junto a La Fama.

Pal rato ya estaban tres escalones inundados. Tuvimos que bajar de nuevo y caminar con el agua casi a la cintura. Nos manteaba, nos bamboleaba pallá y pacá.

Andaban flotando muchas cosas en el agua, botes, tablas, camas, pero ni quien se acercara, ¿quién quería meterse a robarle algo al agua?»

Doña Herminia, ex-vecina de La Fama

Pasos de gallina

«Yo oía como pasos cerca de mi cama; pensé: ¿Quién estará levantado tan noche? Nada, eran las gallinas que andaban juyéndole al agua del río».

Juana María Rodríguez

En primera fila desde el barranco

«Fíjate, desde este barranco veíamos todo. Haz de cuenta que estábamos en un balcón. Más o menos a las ocho de la noche empezó a correr bastante agua. Cerca de las once ya daba miedo tanta agua. Para la una de la mañana, como aquí se angosta el río y además este puente de San Isidro hizo represa, las olas se levantaban como a la altura de la mitad de un poste de luz.

Estaba bien feo. Sobre todo por los gritos de los niños: ¡Mamáaaa! Y el tumbadero de las casas. El golpeteo de las co-

sas que iba arrastrando el río. Los tanques de gas donde topaban con las rocas lanzaban unos chisquetazos de gas, parecía que explotaban.

Como a las dos de la mañana tronó el puente. Hubieras oído el tronidón que dio.

Antes, un tejabán tardó bastante en caer. Aún no se cortaba la luz. Ya se lo había empezado a llevar el agua y todavía tenía prendido un foco. Nomás cayó ese y cayó otro y otro. Se oía cada trancazo bien fuerte.

Una raza se fue allá abajo donde el río se hace muy ancho y sacaban los tanques de gas, y otras cosas, hasta refrigeradores. Nosotros, aquí por el barranco, con mecates les estuvimos ayudando a salir a los de abajo.

El río estaba parejito de casas desde aquí hasta La Huasteca. No quedó nada.

Cuando estuvo lo mero peligroso no hubo policías, soldados, nada. Que tú hubieras dicho llegaron los policías o soldados a sacar a los que estaban en peligro, no. Esa noche no llegó nadie. La raza estaba luchando sola.

Al día siguiente, como estamos por el lado de San Pedro, de acá nos ayudaron, pero el gobierno de Santa Catarina, a donde pertenecemos, ni en cuenta.

¿Sabes cuándo vinieron los policías de Santa Catarina? Al tercer día. Nombre, la gente, ya sabrás, se las rayó».

Guadalupe Calderón, ex-vecino de San Isidro, S.C.

En el mezquite en ratos me desanimaba

«El arroyo El Obispo se desbordó más o menos a las diez de la noche. Como a las once, unos vecinos con una cuerda sacaron a mis hijos. El más grande, de ocho años, ya mero se lo llevaba la creciente. Alcanzó a tragar agua. Lo bueno fue que lo pudieron pescar de los cabellos.

Me decían: Ándele, sálgase, se la va a llevar el agua. No, les dije, yo no me salgo. ¿Quién me cuidaba mis cosas si no había policías ni soldados?

Al crecerse más el arroyo me tuve que subir al techo de la casa y luego al mezquite que de buena suerte ahí estaba pegadito. De allá divisé cuando se fueron unos niños. Ni los oí gritar. También vi cuando se fue mi casa y las de alrededor. Algunas nomás se desmoronaban como si fueran de cartón.

Ahí en el mezquite sentía el cuerpo bien helado. No dejaba de llover y hacía mucho viento. Yo ya era pura agua y nadie podía ayudarme porque estaba inundado por todos lados y muy oscuro. En ratos me desanimaba, pensaba que ya no podía aguantar más tanto frío. Pero yo sabía que afuera estaban mis hijos. Nomás a mí me tenían. Dios no podía dejar que me ahogara. Nomás le pedía que el agua no se fuera a llevar el mezquite y que me diera fuerzas pa aguantar hasta que amaneciera.

Como a las ocho de la mañana unos vecinos me amarraron y así pude salir. Ya pa entonces iba menos agua aunque todavía me llegaba a la cintura».

Martha M. García, ex-vecina de la colonia Trabajadores, S.C.

El Gilberto avisó que venía

Si fuera cierto lo que dijo Eloy H. Sandoval de que nos pescaron con los calzones en la mano, no fue culpa del Gilberto. Avisó que venía. Veamos lo que dijo la prensa varios días antes.

A ocho columnas y en primera plana:

«Súper huracán azota Yucatán»

Como subtítulo:

«El Huracán Gilberto alcanzó ayer la escala de 5, la más alta en grado de peligrosidad. Meteorólogos de EUA lo consideran el más destructivo del siglo en aguas del Golfo de Mé-